

Café y sociedad en Huatusco, Veracruz. Formación de la cultura cafetalera (1870-1930)*

En el periodo que va de principios de la década de 1970 —cuando se empiezan a impulsar institucionalmente una serie de estudios regionales en el ámbito de la historiografía veracruzana— a inicios del siglo XXI, era muy notoria la ausencia de una historia de Huatusco bajo esa perspectiva, sobre todo tomando en cuenta que la otrora villa y luego ciudad posee un rico pasado y una importancia insoslayable en la actualidad. Huatusco era algo así como el “patito feo” de la nueva historiografía veracruzana de entresiglos, acaso, entre otros factores, porque no había aparecido en el firmamento de la historia profesional quien se interesara por escudriñar e interpretar con un enfoque y una metodología novedosos las fuentes donde está registrado el largo e importante devenir huatusqueño.

Es cierto que ya existían obras como *Historia de la revolución para la independencia mexicana en San Antonio Huatusco, 1826* del presbítero José Francisco Campomanes, *Huatusco. Breves apuntes para la historia de la ciudad y su jurisdicción* del profesor

Ismael Sehara y *El señorío de Cuauh-tochco. Luchas agrarias en México durante el virreinato* de don Gonzalo Aguirre Beltrán, pero hasta ahora no había un trabajo que reconstruyera de una manera sistemática el Huatusco porfiriano, revolucionario y posrevolucionario —periodos nodales de la historia mexicana contemporánea—, utilizando a la vez el instrumental teórico-metodológico de la historia agraria, agrícola y regional, y teniendo como eje el desarrollo de la producción y comercialización cafetalera, así como sus efectos en la vida económica, política, cultural y cotidiana de la región. Sin duda, *Café y sociedad en Huatusco, Veracruz. Formación de la cultura cafetalera (1870-1930)* de Susana Córdova Santamaría no sólo cubre, con creces, esta enorme laguna historiográfica, sino que desde ya es una base muy sólida para continuar estudiando este tema fascinante de la cafecultura y para abordar con más profundidad aspectos periféricos a ella que sólo se tocan de paso a lo largo del libro.

Pero ésa no es, ni mucho menos, la única virtud de este volumen. *Café y sociedad en Huatusco, Veracruz* es, además, una obra donde, en cada una de las 451 páginas que lo integran, puede

* Susana Córdova Santamaría, *Café y sociedad en Huatusco Veracruz. Formación de la cultura cafetalera (1870-1930)*, col. Regiones, Conaculta/UACH, México, 2005, 451 pp.

apreciarse el profesionalismo, la acuciosidad, y, sobre todo, la amorosa pasión con los que la autora ha desenrañado *in situ* los secretos mejor guardados de este paraíso cafetalero, enclavado en el corazón del estado de Veracruz. En efecto, a partir de una exhaustiva revisión de diversas fuentes documentales, bibliográficas y hemerográficas y la entrevista de personajes clave de la vida huatusqueña de hoy —como el actual cronista de la ciudad Marcelino Alejandro López Paéz, quien además cuenta con un importante archivo particular—, así como de la compilación y análisis de fotografías de la época —algunas de ellas francamente extraordinarias, como aquella en que, reunidos en una habitación de la hacienda El Mirador, Carl Christian Sartorius, patriarca de la colonia alemana del México decimonónico, y dos miembros de su familia charlan animadamente sobre quién sabe qué asuntos con Maximilano de Habsburgo —; con base en este substancioso acervo cultural —en cuyo listado, por cierto, se extraña el imprescindible Archivo General de la Nación—, decía, Susana nos ofrece, en seis capítulos y una especie de epílogo, y sin perder nunca de vista los contextos estatal, nacional e internacional, un largo e interesantísimo recorrido por la historia de la producción y comercialización del llamado “grano de oro” en el que fuera, desde 1857 y hasta 1917, el cantón de Huatusco, el cual incluía

los municipios de Huatusco (cabecera del cantón), Axocuapa, Comapa, Sochiapa, Tenampa, Tlacotepec de Mejía, Totutla y Zentla.

Imposible mencionar en esta breve reseña la multitud de aspectos ligados a la temática central que se abordan en esta obra. Sólo me limitaré a comentar *grosso modo* el contenido general de cada uno de sus capítulos.

Muy aleccionador resulta el primer capítulo, “Los orígenes del grano de oro”, a través de cuyas páginas podemos conocer no sólo los vagos inicios de su cultivo y sus posteriores rutas de expansión, sino la evolución que siguió la cultura de tomar café cotidianamente, tanto en el mundo árabe como en Europa y el Caribe, hasta llegar a nuestro país a mediados del siglo XVIII; no sin antes afectar grandes capitales e intereses económicos de Inglaterra y Francia, potencias coloniales de la época, en particular el comercio del té, la industria cervecera y del whisky y la producción vitivinícola. En México, en efecto, la planta fue introducida por colonos franceses provenientes de Martinica a mediados del Siglo de la Luces, aunque no es sino hasta el siglo XIX cuando, luego de un largo y azaroso proceso de aclimatación, su cultivo logra establecerse en tierras tropicales, entre ellas las de Veracruz, donde coexiste con otros cultivos de exportación como la caña de azúcar y el tabaco. Es también en la agitada centuria antepasada cuando se

forma en nuestro país una cultura de consumo cotidiano del aromático, que cristaliza con la aparición, en las principales ciudades, de los llamados “cafés”, que muy pronto se convertirían en centros de reunión política y en refugio de personajes de toda laya.

Indispensable, por otro lado, resulta el capítulo 2, “Cafeticultura del porfiriato”, a lo largo del cual se analizan las condiciones que hicieron posible el arraigo definitivo del cultivo del café en México entre 1870 y 1930. Tres políticas gubernamentales serían básicas en la consolidación de la cafeticultura mexicana: la atracción de capitales extranjeros para construir el sistema ferroviario México-Veracruz-Istmo que interconectaría las zonas productoras, los mercados internos y los puertos; la incentivación de los grandes finqueros extranjeros y nacionales para que ampliaran la extensión de sus tierras de cultivo, y la atracción de colonos europeos para que se establecieran en las regiones del país aún no integradas a la economía nacional. “El Estado mexicano respondió así —señala Susana Córdova— a la demanda del mercado internacional para aumentar la producción del grano.” Hacia finales del Porfiriato se habían ya definido los principales estados productores, que la autora agrupa, según su nivel de producción, en: los *grandes productores* (Veracruz, Oaxaca y Chiapas), los de *producción media* (Tabasco, Puebla, Hidalgo, Tepic, Michoacán, Colima,

Jalisco y Guerrero) y los *marginales* (Baja California Sur, Yucatán, Durango y Querétaro). En el caso de Veracruz, que aportaba más de la mitad de la producción nacional, destacaban las regiones de Córdoba, Coatepec y Huatusco. Por otro lado, los principales importadores del aromático nacional eran, por orden de importancia, originarios de: Estados Unidos, Alemania, Austria, Bélgica, Gran Bretaña, Francia y España. Con todo, si bien es cierto que la producción cafetalera viviría durante ese largo periodo un incremento constante, también lo es que sufriría años de altas y bajas que la autora divide en tres etapas: una de *crecimiento* (1877-1900), otra de *consolidación* (1900-1913) y otra final de *decadencia* (1913-1933).

En ese amplio contexto, en el capítulo 3, “Huatusco, tierra del café”, se revisa el caso de este cantón, cuya ubicación geográfica privilegiada permitió la gradual adaptación del grano hasta que éste logro alcanzar la calidad que requería para convertirse en un producto de exportación. Sin embargo, eso no hubiera sido posible sin la oportuna llegada a la región de inmigrantes alemanes e italianos, cuya visión empresarial y gran capacidad para el trabajo en el campo los transformarían en pocos años en una pujante e innovadora burguesía agraria; sin el notable crecimiento de la población, que renovaba permanentemente “el ejército de reserva del nuevo desarrollo

que vivía Huatusco”, compuesto por jornaleros, arrendatarios y campesinos independientes; sin la explotación brutal que los finqueros hicieron de la fuerza de trabajo de dichos trabajadores del campo, cuyo salario permaneció estancado durante más de medio siglo, y en fin, sin la construcción de la famosa vía angosta de El Huatusquito, que entroncaba con el Ferrocarril Mexicano en Córdoba y que permitió la salida más expedita y segura no sólo del café sino de otros productos de los ranchos y haciendas del cantón.

Una de las partes más atractivas y sugerentes del libro es el capítulo 4, “Vida social y política en el Huatusco porfiriano”, en el que nos enteramos, por ejemplo, de la existencia de dos fracciones de la oligarquía local: “los de arriba” y “los de abajo” —en clara referencia al domicilio que tenían en la población—, cuyas disputas por el poder político, de acuerdo a la autora, eran “una expresión regional” de la lucha sin tregua que libraban liberales y conservadores en todo el país. Más importante, empero, es darse cuenta, a través de los informes que enviaban regularmente al gobernador del estado y de los asfixiantes reglamentos que imponían a la población, del papel crucial que desempeñaron los jefes políticos del cantón de Huatusco en el mantenimiento, a toda costa, del “orden y progreso” porfirianos. “Los reglamentos e informes [de los poderosos jefes políticos] —abunda Córdoba

Santamaría— nos permiten conocer aspectos de la administración pública, las reglas sociales, [así como] el sentido de moralidad y la concepción ética con que fueron hechos.” El *boom* de la cafecultura, por otra parte, hizo posible, sobre todo en la cabecera del cantón, no sólo la construcción de una infraestructura urbana moderna (puentes, acueductos, caminos, red telefónica y de agua potable, alumbrado público, templos, hospital civil, beneficencia, escuelas, aunque no, ¡paradojas de la vida!, cafés al estilo de las grandes metrópolis), sino también un impulso inédito a la educación pública elemental de corte positivista, y todavía más, que la *cafetocracia* afrancesada de la llamada “Ciudad de los Pianos” disfrutara de una refinada vida cultural que incluía lo mismo teatro, opera y zarzuela que cine, conciertos de música clásica y veladas literarias, mientras al “pueblo” no le quedaba más remedio que divertirse en las corridas de toros, las fiestas patrias y los carnavales que organizaba la clase acomodada. No es coincidencia, por supuesto, que durante esa *belle époque* a la huatusqueña surgieran los escritores costumbristas Justino Sarmiento y Martín Cortina Carbajal y el genial dibujante y caricaturista Ernesto García Cabral, mejor conocido en el medio artístico como *El Chango* Cabral, quien dejaría una huella imborrable en el semanario *Revista de Revistas* del periódico *Excelsior* con sus portadas estilo *art*

nouveau. Es más, hay quien asegura que, en Huatusco de Chicuellar, preparan un cóctel “a base de frutas que se llama como él y [que] claro, se trepa rápidamente, como chango”; que en las pulquerías, hay un estilo García Cabral, con el cual los figaros autóctonos dejan a los clientes bastante parecido a un plumero”, y que, en fin, gracias al *Chango* Cabral, esa tranquila ciudad figura en los mapas.¹

Luego de este interesante apartado continúa “Revolución y cafeticultura” (capítulo 5), en cuyo contenido se destaca el efecto paralizador que tuvo el proceso revolucionario de la década de 1910 sobre la sociedad huatusqueña. Durante el conflicto armado, la inseguridad, el saqueo y la exacción que campeaban en el campo y la ciudad provocaría el exilio, temporal o definitivo, de la mayoría de los grandes productores de café, como los Sousa, Ruiz Fernández, Páez González, Johnson, Solleiro, Pesado, Rebolledo, Landa Álvarez, Márquez y Vega, Rebollo y Domínguez, quienes dejarían sus propiedades encargadas a alguna persona de su confianza o de plano las abandonarían a sus suerte. A los pocos cafeticultores prominentes que se quedaron y a muchos pequeños productores que

habían migrado a las congregaciones importantes o la propia ciudad de Huatusco en busca de cierta seguridad —aunque ésta fuera pagada—, no les quedó más remedio que negociar todo el tiempo con los diferentes bandos y gavillas rebeldes para poder sobrevivir a esta grave crisis, mientras se extinguía la vorágine revolucionaria. En adelante, dice la autora: “La economía, la producción de café, el comercio, la vida social y política tuvieron que compartirse con los militares asentados en el cantón”.

Por último, en “Agrarismo y ejidatarios, un nuevo sector cafetalero” (capítulo 6), se pasa revista a un periodo particularmente violento conocido como *agrarismo*, *radicalismo* o *extremismo*, que abarca los años veinte y los primeros treinta y durante el cual se fundan los primeros ejidos en el cantón de Huatusco. Mucho tuvieron que ver en que la dotación de tierras llegara a buen fin, los ayuntamientos, “bastión político del agrarismo”, la Comisión Agraria Local, creada en 1917, y sobre todo, la Liga de Comunidades Agrarias, organismo fundado en 1923 con el apoyo del gobernador Adalberto Tejeda y encabezado por líderes como Úrsulo Galván, Manuel Almanza, Sóstenes Blanco y José Cardel, quienes se habían formado bajo la influencia del anarcosindicalismo y del Partido Comunista Mexicano. Al final, y a pesar de la feroz oposición de los terratenientes y sus “guardias blancas”, el

¹ Mauricio Ocampo Ramírez, “Ernesto García Cabral: un filme de monitos”, en *Revista de Revistas*, Semanario de *Excelsior*, 6 de febrero de 1987, núm., 4019, p. 31.

nuevo sector cafetalero, integrado por ejidatarios, acabaría produciendo el grano bajo los auspicios del Estado posrevolucionario, no sin sufrir en carne propia los vaivenes del mercado internacional ni sin aceptar del todo las nuevas técnicas productivas que les imponían los ingenieros del gobierno central.

Obra honesta y comprometida, y cuya lectura debería ser obligatoria para todos los interesados en el pasado, presente y futuro de la cafecultura mexicana, *Café y sociedad en Huatusco, Veracruz* termina con una reflexión que cala muy hondo en los días actuales y que deberían tener presente los gobernantes, políticos, funcionarios, intelectuales, académicos y sociedad en general. Cito textualmente:

La grave crisis en que se encuentra la cafecultura [nacional] al arranque del nuevo milenio —afirma Susana Córdova Santamaría—, ha generado migraciones y obligado a los productores a buscar otras alternativas económicas, incluyendo la venta de tierras. La dinámica de la cafecultura exige afrontar los retos de la actual globalización, más aun cuando margina desde hace años al sector cafetalero mayoritario [que está] cada vez más empobrecido. Se convierte en un imperativo social contemporáneo conocer a niveles muy finos las redes internas que integran el complejo mundo de los cafecultores; de cara al futuro se trata de construir proyectos en los que converjan los sectores sociales de cafecultores con intereses diferentes y hasta antagónicos para mejorar su nivel y calidad de vida.

Horacio Guadarrama Olivera
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana